



A Nixon ya no le quedan más que maniobras jurídicas, argucias, o bien actos dictatoriales como los que ya ha realizado con el despido de Cox y el «saqueo» del ministerio de Justicia. El Presidente ha perdido irremediamente la capacidad de gobernar.

do—, fue un brillante defensor de estas formas peculiares de sanear los países y la política internacional. De todas formas, la eventualidad aparece en estos momentos tan absurda, tan disparatada, que no merece la pena perderse en especulaciones sobre lo que supondría para el mundo entero un acontecimiento de ese tipo, en el que probablemente los golpistas prescindirían, en primer lugar, del propio Nixon. La hoy impensable eventualidad podría también tener otra vertiente: la de que el golpe se produjera si Nixon llegase a vencer el terrible acoso a que está sometido por todas partes y se reinstalara en el poder.

NO parece ya probable esta salida. Advirtamos que los principales editoriales pidiendo la dimisión de Nixon ya no se refieren al fondo de la cuestión —el espionaje de Watergate y sus conclusiones económicas con grupos de presión—, sino a que la pérdida de prestigio ha llegado a tal extremo, que es muy difícil de superar. La mujer del César no sólo debe ser honesta, sino parecerlo. Más aún el César mismo. A Nixon ya no le quedan más que maniobras jurídicas, argucias, o bien actos dictatoriales, como los que ya ha realizado con el despido de Cox y el saqueo del ministerio de Justicia (cuando Nixon destituyó al fiscal especial, profesor Cox, el adjunto de éste se quedó en su despacho para entregarlo al nuevo fiscal; Nixon envió a los agentes del FBI para que le echaran literalmente a la calle, aunque luego este dramático error se rectificó), pero no le queda ninguna posibilidad de hacer resplandecer su inocencia más allá de toda duda posible, de recuperar el prestigio que tenía aún hace un año, cuando fue reelegido —y no olvidemos que fue reelegido cuando ya se conocían detalles del Watergate—, o de mantener la credibilidad necesaria. Como dice «Time», la cuestión es ya irreversible, y la capacidad de gobernar la ha perdido Nixon irremediamente. El hecho de que sigiera gobernando sin tener esa capacidad no sería, por otra parte, nuevo en la historia.

Los Contem pora neos

LOS PASOS CONTADOS

Don Ricardo de la Cierva, director general de Cultura Popular, ha pronunciado una frase sensata al inaugurar el curso del Ateneo de Barcelona: es una condena —oficial, por

suya— de los asaltos, incendios y amenazas a las librerías. Espero con bastante emoción las palabras que pronuncie en la reapertura del Ateneo de Madrid. No sé si para entonces la locución del señor De la Cierva se habrá hecho balbuciente a causa de la ancianidad ni si yo habré de escucharle con una trompetilla para vencer la sordera senil; pero estoy seguro de que, llevado en volandas por mis bisnietos, tendré la ocasión de asistir. Este país no es para los impacientes, como dice que lo es el señor Ruiz Gallardón en un artículo de «ABC», confesando su desasosiego por la tardanza en la apertura de la participación. «¡Tan largo me lo fiáis!», decía el Don Juan de Tirso cuando le hablaban seriamente del futuro: y se condenó. Como se condenó Paulo, el «Condenado por desconfiado». Es admirable lo fácil que es condenarse en España, según la línea teológica que va desde Tirso de Molina a «Fuerza Nueva»; puede que ésta sea una de las cosas que venga a tratar monseñor Casaroli, secretario de Asuntos Públicos del Vaticano (dicen que el señor López Rodó, cuando le recibió en Barajas, pronunció estas palabras: «Me asombra, monseñor, lo fresco de su tez»). Aquí se condena uno, y no sólo al fuego eterno, por impaciente: son las estatuas —¡tiempo de Tenorios!— las que dicen la última palabra. La piedra. Y se condena uno por desconfiado. Una voz de autoridad ha dicho hace unos días que debemos ser leales al futuro. Y está claro que el futuro no es el presente ni el pasado.

Pero hablábamos del Ateneo. Ha más de un año que sus puertas se cerraron, física y metafísicamente. Físicamente, en razón de unas obras de

renovación y mejora del edificio, entre barroco y «modern style», que podría venirse en ruina si se le dejara como estaba; metafísicamente, por razones de la abstracción ju-

rídico-administrativa, acerca de si existió o no existió nunca una sociedad así llamada y su funcionamiento fue fantasmal. La enorme y cómoda biblioteca del Ateneo hubiese sido el sueño de un incendiario, de un neoincendiario. Se reunían allí obras como las que pueden contener varias docenas de librerías. Allí deben estar, ordenadas, mudas, silenciosas. La sabiduría de las amas de casa españolas ha inventado el refrán de que «una mudanza equivale a dos incendios»: ¿a cuántos incendios equivalen la mudanza y las obras del Ateneo de Madrid? ¿Cuántos atentados de los jóvenes bárbaros contra las librerías españolas serían necesarios para conseguir el mismo efecto demoleedor para la cultura que el que supone el prolongado cierre de la biblioteca del Ateneo de Madrid? Vamos, aprendices...

Por la misma razón inversa, ¿qué fuerza superior para contrarrestar estas pequeñas quemaduras de libros no tendrían la reapertura del Ateneo, la restauración de sus socios, sus juntas generales, su directiva electa y el enriquecimiento continuo de su biblioteca?

Acatando nuestra lealtad al futuro, esperemos que el nuevo director general de Cultura Popular consiga esta restauración del pasado; y esperemos verle en la tribuna de la vieja y querida sala pronunciando algunas palabras rituales en defensa del libro. Si su barba es ya blanca y florida, si mis piernas son enclenques, será que el futuro no es todavía de este tiempo. Pero no hay que desconfiar, no hay que caer en el vicio de la impaciencia. Si este es el país de los pasos contados, vayamos contándolos, uno a uno. Sin perder la cuenta.

POZUELO